

Cuñado

Angelina Muñiz-Huberman

De los cuatros muleros
que van al río
el de la mula torda
es mi marido.

Ay, que me he equivocado
que el de la mula torda
es mi cuñado.
Canción popular andaluza

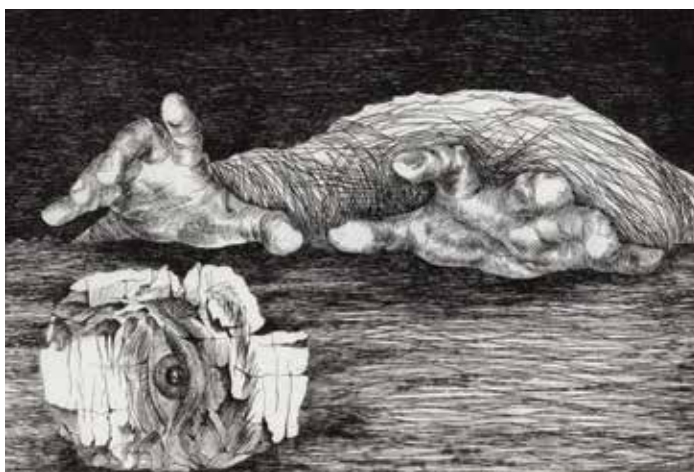
Conoció primero al cuñado y pensó que se casaría con él. Empezó a escribirle cartas que nunca le envió. Su primer encuentro había sido en el Museo de Arte Moderno, ante un cuadro de Remedios Varo: el de los amantes que se separan y cada uno se va por su camino mientras sus sombras permanecen enlazadas.

Ante el cuadro empezaron a decir unas palabras, pocas, pero que los unieron. Luego se miraron. De manera natural, como si el mundo acabara de ser creado. Como algo que se acepta porque así debe ser. Sin preguntas, sin dudas. Pero nada más.

Luego conoció al hermano y pensó lo mismo, que se casaría con él. Empezó a escribirle cartas que nunca le envió. Fueron al Museo de Arte Moderno y se detuvieron ante el cuadro de Remedios Varo. Y pasó lo mismo. Pero algo más. Algo más que hizo que fueran ellos los elegidos. El otro quedó siendo el otro: el cuñado.

Durante un año salieron juntos los tres. Eran tres y eran uno. Indisolubles. Enlazados. No regresaron al Museo de Arte Moderno.

Un día los elegidos se casaron y el cuñado seguía acompañándolos. Veían las mismas películas, de Ingmar Bergman, de Godard, de Rohmer, de Chabrol, de Buñuel y las rusas *Cuando pasan las cigüeñas*, *Andrei Rublov*. Si tenían dinero iban a cenar algo, si no, comían lo que hubiera en la casa. Después oían en el tocadiscos Garrard que habían recibido de regalo de bodas las seis suites para chelo de Bach, tocadas por Pablo Casals. Las oían una y otra vez, esperando reunir dinero para comprarse otros discos.



Recogiendo los pedazos (2010). Técnica mixta: Laura Contreras.

Hasta que el cuñado se dio cuenta de que no soportaba no haber sido el elegido y decidió irse lejos, fuera del país, a cualquier lugar. Esta vez sí hubo cartas que leían a la par el matrimonio, pero era ella quien las contestaba y las enviaba.

Ella empezó a notar el parecido entre los dos hermanos que los hacía casi gemelos. Tono de voz, sonrisa, los mismos recuerdos familiares. Como si fueran uno solo. Cuando yacían juntos les pertenecía la misma cara y no sabía si era él o su cuñado quien acariciaba sus pechos y excitaba sus pezones. Tenía que repetirse que el otro estaba lejos. ¿Y si no?

¿Qué contaba el cuñado en sus cartas? Sus diferentes oficios, su constante vagar, sus inquietudes, su defensa de los necesitados. No permanecía mucho tiempo en un lugar. Y entonces ella le escribía que regresara.

Pero, en vano. Él no pensaba regresar y fue espaciando sus cartas. Poco a poco dejaron de saber de él. Casi no lo mencionaban. Parecía que se olvidaban. Hasta que ocurrió lo contrario. Imaginar qué habría sido de él dio pie a todo tipo de absurdas, hipótesis. Tal vez se encontraba en algún país de África, por ejemplo, en Mauritania y se habría unido a los Médicos Sin Fronteras para mejorar las condiciones de vida y de salud de la población. Podría ser que el ejemplo de Albert Schweitzer le hubiera llevado a buscar no un órgano sino algún piano, aunque fuera destartado y desafinado, para tocar las invenciones y las fugas de Bach ante quienes sólo habían conocido el ritmo de los tambores y el silbido de las flechas.

O, tal vez, se habría internado en la selva amazónica y estuviera perdido dando vueltas en círculos. O formaba parte de una tribu y tendría su propia familia para la que saldría a pescar y a cazar cada día.

O se encontraba en Alaska trabajando en una compañía petrolera marina, incomunicado durante meses. O vivía con los esquimales en un iglú, curtiendo pieles de oso y afilando puntas de flecha.

O estaba más cerca y se había ido a Cuba a participar en la revolución y estaba cortando caña.

¿Y si se encontraba en una histórica ciudad: en Gante, en Verona, en Oldenburg, y era un minucioso encuadernador o un afinador de pianos o un laudero?.

Cualquier cosa los hacía inventar su vida y recrear su historia. Pero las cartas seguían sin venir. Ella empezó a escribir a las direcciones antiguas y en un mes se las regresaban con el sello de destinatario desconocido. No le importó y siguió enviando cartas y más cartas, para serle devueltas sin abrir una y otra vez. Entonces se le ocurrió inventar direcciones y, de pronto, las cartas dejaron de ser devueltas. Pero nunca recibió respuesta.

Ella y su marido empezaron a inventar otras historias e imaginaron que alguien lo suplantaba, que alguien empezaba a identificarse con el cuñado y que, algún día, contestaría las cartas. Así que no interrumpieron la correspondencia.

Su esperanza se vio premiada cuando el cartero trajo, por fin, una carta para ellos. Eran palabras extrañas, desesperadas. Con sentido y sin sentido. Podrían ser de él o del suplantador. Nunca lo supieron.

El paso siguiente era continuar con la correspondencia. Ella contestaba y pedía detalles para saber si se trataba del cuñado: el color de ojos, el pelo, las manos, una cicatriz en el muslo izquierdo. Las respuestas eran tan ambiguas que podrían ser de él o del suplantador. Se convirtió en un juego de inteligencias. En un ajedrez lento y a distancia con jugadas que nunca podían preverse ni tenían consecuencias.

Ella y su marido seguían oyendo las seis suites de Bach tocadas por Casals y acompañadas de esa especie de sonido ancestral, de arrullo, que salía de las entrañas del chelista y que no sólo no podía reprimir sino que era un canto delirante a la música. Era el sonido más primitivo que existe para la emoción pura. Cuando el primer hombre descubrió que sus cuerdas vocales eran música en sí, antes de la palabra. Que el espacio y el tiempo eran uno solo. Que el cuerpo era ritmo y esencia: espíritu absoluto. Cuando aún el hombre era capaz de expresar lo inexpressable porque no existía la torpe y limitante palabra. Cuando el espíritu de Dios flotaba sobre los mares. Cuando el hombre era voz de pájaro.

Ese era el sonido arrullador de Casals y el sonido candente de su chelo y las notas celestes de Juan Sebastián Bach.

A veces, uno de ellos levantaba con cuidado, para no rayar el disco, la aguja de diamante y volvía a ponerla sobre el pasaje que quería oír de nuevo, una y otra vez.

Así pasaban las tardes, los días, las semanas, los años. Pero el tiempo no

pasaba. La música se quedaba a solas.

El tiempo se les volvió sonido y dejaron de hablar del cuñado.

El día que habló por teléfono no reconocieron su voz. Siguieron pensando en el suplantador. Dijo que iba a llegar, no sabía cuándo, pero llegaría.

Se dedicaron a esperarlo. Le darían cabida en la casa. Prepararon un espacio para él, movieron muebles, sacudieron el polvo, lavaron las cortinas y por fin le dieron la mejor habitación. Era el hermano pródigo. El cuñado pródigo. El bienamado.

El polvo volvió a acumularse. Las noticias se interrumpieron. Había dicho que llegaría hacia el otoño. Pero ¿qué otoño? Dejó de importarles aunque guardaron su habitación y limpiaron el polvo. Mientras el tocadiscos seguía sonando, fiel, imperturbable.

Adquirieron la costumbre de ir al aeropuerto de vez en vez, fuera otoño o no. Algún día se aparecería y querían estar allí.

Ella se quedaba en el mirador escudriñando los pasajeros. El marido bajaba a buscarlo. Fueron dos entre la multitud los que destacaron. Los dos se fundieron en uno y ella no supo quién era el marido y quién era el cuñado.

Fueron sólo una página, un párrafo, una línea, una palabra, un sonido en el gran libro de equívocos de la historia.

ANGELINA MUÑOZ-HUBERMAN. Nació en Hyères, Francia, el 29 de diciembre de 1936. Naturalizada mexicana en 1954. Ensayista, narradora y poeta. Profesora de tiempo completo en la Facultad de Filosofía y Letras de la Universidad Nacional Autónoma de México (UNAM), México. Estudió los doctorados en Letras en la UNAM y en Lenguas Romances en la Universidad de Pennsylvania y la City University of New York; realizó cursos de filología y literatura en El Colegio de México. Colaboradora de *Cuadernos del Viento*, *Diálogos*, *El Rehilete*, *Hispanamérica*, *La Jornada Semanal*, *Noah*, *Nueva Revista de Filología Hispánica*, *Proceso*, *Sábado*, *Thesis*, y *Vuelta*. Becaria de la Embajada de Estados Unidos (1958); El Colegio de México (1958); la Universidad de Pennsylvania (1967); la Universidad de la Ciudad de Nueva York (1968); el Sistema Nacional de Investigadores (SNI) (1984-1993); el Programa de Estímulos a la Productividad Académica, UNAM (1990), y del Fondo Nacional para la Cultura y las Artes (FONCA) (1991). Miembro del Sistema Nacional de Creadores de Arte (SNCA) (1994-2000 y 2004). Premio Magda Donato por *Morada interior* (1972). Medalla de Jerusalén (1975). Medalla por Comisiones Dictaminadoras de la UNAM (1979). Medalla Novi Lux Orbis Quater Saecularis Anima Patriae de la UNAM (1981). Premio Xavier Villaurrutia por *Huerto cerrado*, *huerto sellado* (1985). Premio Internacional Fernando Jeno por *De magias y prodigios* (1988). Premio Internacional de Novela Sor Juana Inés de la Cruz por *Dulcinea encantada* (1993). Medalla Jerusalén Tres Mil Años (1995). Premio de Poesía José Fuentes Mares por *La memoria del aire* (1997). Medalla del Instituto Cultural México-Israel (1999). Maestra Emérita por la Academia de la Mujer de la Sociedad Mexicana de Geografía y Estadística (2002). Premio Woman of Valor Axard de la Hispanic Federation y la American Sephardi Federation (2003). Premio Universidad Nacional en Creación Artística y Extensión de la Cultura (2003). Su obra también se encuentra en diversas antologías, como *Historias desde la zozobra*, publicada por Ediciones SM.

Recibido: 27 de mayo de 2015
Aprobado: 6 de agosto de 2015